

EL MUNDO DE HOY: EL SUEÑO EUROPEO EN LA ENCRUCIJADA

Emilio PÉREZ TOURIÑO

Resumen: La incorporación a la UE ha posibilitado una creciente inserción de la economía gallega en los mercados internacionales y, en particular en el europeo. En este marco, tiene lugar un fuerte dinamismo del sector lácteo- y de la carne de vacuno-, con un gran incremento de la producción de leche, que se multiplica por 1.6 y más que duplica su volumen de entregas a las industrias, pasando del 27% al 38% de la producción española de leche. Los problemas más relevantes en ese sector no están en las cuotas ni en la UE, sino que se derivan, sobre todo, de un muy deficiente funcionamiento de los mecanismos de movilidad de las tierras que nos ha obligado a un modelo productivo con una base territorial muy pequeña. En la encrucijada de Europa, recuperar la soberanía perdida frente a los mercados ha de hacerse a través de un mejor UE. Para esto, se hace necesario establecer un nuevo contrato social que permita recuperar las raíces del modelo social europeo, y caminar hacia la transnacionalización de las políticas europeas.

Palabras clave: Encrucijada Europea, Unión Europea, Galicia y la UE

1. Introducción.

Cuando la CEE daba sus primeros pasos -apenas transcurrida una década desde la firma del Tratado de Roma-, abría sus puertas en Santiago de Compostela la facultad de Económicas de la universidad gallega, de cuya primera promoción tuve la suerte y la satisfacción de formar parte. En España estábamos en plena dictadura, y Europa y el proyecto europeo, representaban un ideal y la esperanza de libertad y de modernidad para los jóvenes de aquella generación. Más la necesidad de abrir puertas y ventanas a Europa era una aspiración que venía de muy lejos. Ya estaba contenida en aquella proclama reivindicativa de la primera asamblea de productores agrarios: “queremos respirar el aire de Europa”, impulsada en los inicios del siglo diecinueve por Joaquín Costa, aquel ilustre pensador social inspirador del Regeneracionismo y autor de la obra “Oligarquía y caciquismo agrario”, que aprendimos a leer en aquellos años de facultad. También estaba ya en la idea de Ortega y Gasset sintetizada en su memorable frase “España es el problema y Europa la solución”.

Pero el aislamiento y el ensimismamiento propios de la España de la Restauración Canovista, con sus aranceles y políticas proteccionistas -sustentadas por los pactos entre los ferrateros vascos, el textil catalán y el latifundio castellano y andaluz-, llegarían al paroxismo con la autarquía característica del régimen surgido de la rebelión militar de 1936. Se puede afirmar, pues, que la extraordinaria transcendencia - económica, social y política- de la entrada de España en la CEE, su dimensión histórica, se explica por el hecho de que con ella se pone fin a la frustración secular producida por el aislamiento y separación de Europa.

Desde la caída del Imperio Romano, Europa vivió siempre en medio del enfrentamiento y la fragmentación de naciones, grupos étnicos y religiosos. La relativa confianza y seguridad propios de los últimos años del siglo diecinueve en Europa, y el optimismo que caracteriza a la primera década del siglo veinte, al hilo de la primera oleada globalizadora, con el crecimiento económico y del comercio -tal y como analiza magistralmente Tony Judt en su Historia de Europa-, no iban a durar demasiado y le iban a suceder, más pronto que tarde, los peores acontecimientos de la historia de la Europa moderna.

Con la primera guerra mundial - que sumió a Europa en el desastre-, seguida de una Depresión económica sin precedentes, los europeos vivieron el dramático final del sueño de una Europa unida por la cultura y el arte a manos de la intolerancia y de los nacionalismos expansivos. Un largo período que refleja de manera conmovedora una de las mejores obras del siglo veinte, “El mundo de ayer” de Stefan Zweig . Justamente, la pérdida de ese equilibrio

y seguridad por parte del mundo europeo, están en la base psicológica de las preocupaciones de la obra magna de Keynes, en la que argumenta cómo los desequilibrios y los ciclos con sus crisis son consustanciales al propio sistema capitalista.

El auge de los fascismos y del nazismo en 1933, el Holocausto, y finalmente la segunda guerra mundial, estuvieron a punto de destruir el continente y dejaron una Europa en ruinas, con millones de muertos, derruida por las divisiones y los enfrentamientos.

2. Sobre la génesis de la UE

Lo que hoy conocemos como la UE es la resultante de un proceso histórico que a lo largo de 60 años, reforma ese continente azotado por las guerras y la autodestrucción, a través de la integración económica, para situarlo definitivamente en la senda de la paz y de la democracia. Es casi una cláusula de estilo situar el comienzo de la historia comunitaria con la firma del Tratado de Roma de 1957, que implica la creación de una Unión Aduanera y de Libre Comercio, con su precedente en la Comunidad Europea del Carbón y el Acero.

No obstante, creo que resulta revelador recordar como nacieron las ideas primigenias – y el discurso político-, que llevaron a algunos europeos lúcidos a corregir la historia y a superar su fatalismo. Como recoge Enrique Barón en su magnífico libro “Europa en el alba del Milenio”, en Septiembre de 1943 en lo más hondo de la segunda guerra mundial, escribía Jean Monnet desde Argel: “los objetivos a alcanzar son el establecimiento en Europa del régimen democrático y la organización económica y política de una “entidad europea”. Y continúa:” No habrá paz en Europa si los Estados se reconstituyen sobre una base de soberanía nacional, si se protegen de nuevo unos contra otros. Su prosperidad y desarrollo social son imposibles a menos que los Estados de Europa se formen en una federación o una “entidad europea” que los convierta en una entidad económica común...”. Robert Schuman, así mismo, defendió estos objetivos con insuperable claridad delante del Consejo de Europa: “Partimos mucho más de consideraciones políticas que económicas: desintoxicar las relaciones entre Francia y Alemania, asegurar la paz, crear un clima de cooperación, tal era nuestro objetivo ante todo...”.

El primer gran debate público sobre el futuro de Europa, tuvo lugar en el Congreso de Europa de Mayo de 1948, celebrado en la semiderruida ciudad de la Haya. Lógicamente se produjeron intervenciones muy dispares, pero no deja de ser paradójico recordar a estas alturas, con el Brexit en marcha, la posición de su presidente de honra, el premier británico Winston Churchill, que tomo del mencionado libro de Enrique Barón :”Es imposible separar la economía y la defensa, de la estructura política general. La ayuda mutua en el campo económico y la defensa militar conjunta deben ir acompañadas, paso a paso, por una política paralela de mayor unidad política...”Se dice con verdad que esto implica algunos sacrificios o la cesión de soberanía nacional. Prefiero mirarlo como la asunción gradual por todas las naciones afectadas de esa soberanía más amplia, que es la única que puede proteger sus costumbres y características distintas y diversas”.

Sin embargo, desde entonces se ha desarrollado un proceso de gradual intensificación de la integración fundamentalmente económica, y con sucesivas ampliaciones del tamaño de la Unión. Así, la CEE nace como una Unión Aduanera con Libre Comercio entre sus seis miembros fundadores (Alemania, Francia, Italia, Bélgica Luxemburgo y los Países Bajos), y con una primera política común que es la Política Agraria. Progresivamente continuó estrechando lazos con la armonización de regulaciones económicas y la eliminación de trabas fronterizas, hasta llegar al establecimiento del Mercado Unico, con la libertad de circulación de bienes, servicios y factores.

Un Mercado Común del que ya formaban parte desde 1973, Reino Unido, Irlanda y Dinamarca, y que se amplía hasta 12 miembros con la entrada de Grecia en 1981 , y de España y Portugal en 1986. Paulatinamente prosigue el desarrollo de distintas políticas

comunitarias en diversos ámbitos, desde la Pesca hasta el I+D, el Medio Ambiente, las Redes Europeas de Transporte y el Desarrollo Regional, entre otras. Y en Noviembre de 1993 se reconoce como Unión Europea, con la entrada en vigor del Tratado de la Unión Europea (TUE), después de su ratificación por los doce estados miembros. Austria, Finlandia y Suecia se incorporarían tres años más tarde en 1995.

Para contrarrestar la inestabilidad y la volatilidad de los tipos de cambio, los miembros de la CEE habían creado en Marzo de 1979 el Sistema Monetario Europeo (SME), con la participación de todos los Estados miembros, salvo la libra esterlina. El SME se basaba en tres elementos específicos: una moneda de referencia, el Ecu, unos tipos de cambio estables que podían fluctuar dentro de una estrecha banda, y un mecanismo de crédito mediante un fondo conjunto.

El TUE ya contenía el diseño y las tres fases para la creación de la Unión Económica y Monetaria (UEM). Lo que sería la decisión más arriesgada y controvertida fue la entrada en vigor de la UEM en 1999, que implica un mercado único, con una única moneda, el euro – que inicia su circulación en 2002-, y con una política monetaria única. Pero sin ir acompañado de las instituciones políticas y económicas que lo sustentasen. En lo sustancial, significa la renuncia de los Estados de la zona euro a fijar el tipo de cambio, al manejo de los tipos de interés y de la política monetaria y a la monetización de sus deudas. Así mismo, y con el objetivo cuasi exclusivo de garantizar la estabilidad de precios se crea el Banco Central Europeo (BCE). La garantía de la estabilidad macroeconómica de la UEM se basa en el cumplimiento de unos determinados criterios de disciplina fiscal, por parte de los países miembros, en relación con el déficit, el endeudamiento y la inflación. El marco político es el denominado Pacto de Estabilidad y Crecimiento, un objetivo este último que resultó relegado en la práctica.

Sobre el futuro del euro y la conveniencia de su creación ya se generó un importante debate entre destacados economistas de la época, básicamente asociado a las dificultades potenciales derivadas de las asimetrías entre sus economías y la ausencia de instrumentos flexibles de respuesta, ante la previsible existencia de shocks asimétricos externos. Un debate, en buena medida, asentado en la teoría de las áreas monetarias óptimas desarrollada por Robert Mundell en los años cincuenta. No obstante, primaría sobre cualquier otro aspecto, la voluntad política de avanzar en la integración económica, y de ampliar progresivamente la Unión con la incorporación de nuevos países del Este de Europa, hasta llegar a los 28 Estados que hoy aún la componen.

En la actualidad, a pesar de las incertidumbres y de los previsible efectos económicos negativos derivados del Brexit, la UE representa un espacio de estabilidad y seguridad, un área de democracia, de cohesión social y de paz, como ningún otro espacio en el mundo. En cualquier caso, los graves efectos provocados por la crisis, por las tensiones asociadas con las presiones inmigratorias, y por los problemas en sus fronteras orientales, constituyen serios desafíos y retos políticos que Europa deberá afrontar de inmediato.

3. La UE desde la óptica de Galicia

La UE constituye el mayor mercado único del mundo y el euro la segunda moneda más utilizada. Representa un PIB del 22% del mundial, próximo al de Estados Unidos y muy superior al de China con un 12,1%. Es el área geográfica con mayor peso en el comercio mundial, con un 13% del mismo, junto a USA y China. Y la tercera en cuanto a población, con un 6% del total, detrás de China y la India.

Para Galicia y para España en su conjunto, su contribución al crecimiento y transformación de su economía y de su sociedad han sido decisivos. Sobre todo, ha actuado de catalizador de las reformas modernizadoras de su economía, contribuyendo a superar las rigideces que históricamente la encorsetaban. En suma, dejando atrás 150 años de aislamiento político,

de autoritarismo, de atraso económico y de proteccionismo.

Desde la década de los años 80 del siglo pasado hasta hoy, la economía gallega conoció una profunda reestructuración sectorial, un importante incremento del stock de capital público y privado, y una sustancial mejora de los niveles de formación y del capital tecnológico y empresarial. Galicia conoció, si bien con atraso y déficit estructurales relevantes, los cambios y transformaciones modernizadoras propias de una región europea.

En este período, Galicia incrementa el tamaño de su economía por 5, el de su renta por habitante por 5,4 y se produce un notable proceso de convergencia real de Galicia con España, pasando de representar en 1985 el 79% de su PIB per cápita al 87.7% en 2015. Una convergencia ciertamente "pasiva", basada sobre todo en la disminución de la población, salvo en el cuatrienio 2005-2009 en el que ésta crece más que en España. Una convergencia que es mayor en términos de renta disponible, y se sitúa en torno al 90%, gracias a las transferencias gubernamentales. Este acercamiento de rentas también se produce en relación con Europa. Desde la entrada en la CEE, Galicia pasa de estar por debajo del 75% de la renta media comunitaria, a alcanzar el 89% de la misma en 2009, para luego desacelerar durante la crisis.

A este proceso de cambio y de modernización, sin duda, han contribuido las políticas públicas propias del Estado de Bienestar y el esfuerzo inversor del Estado, el desarrollo autonómico, y también- de forma significativa- los fondos europeos (FEDER, FSE, los de Cohesión y los sectoriales). En efecto, la financiación procedente de los mismos, desde 1986 hasta 2015, representa un volumen de recursos equivalente a dos presupuestos de la Xunta de Galicia del año 2005. Galicia es la segunda Comunidad Autónoma de España que recibe más financiación europea, y puede afirmarse que, aproximadamente, un 55% de la inversión en infraestructuras en este período fue financiada con fondos europeos

La mayoría de los análisis realizados, utilizando las Tablas Input-Output y distintos modelos econométricos, por autores como Angel de la Fuente, Armesto Pina, entre otros, coinciden en estimar efectos considerables de dichos fondos sobre el output y el empleo generados por la economía gallega. Ciertamente, desde un análisis más cualitativo, también existe una amplia coincidencia en señalar que una escasa priorización en la distribución de estos fondos, respecto a necesidades estratégicas para el desarrollo económico en beneficio de una política de "lluvia fina" sobre el territorio, sin duda, ha limitado una mayor eficacia de su aplicación.

La incorporación a la UE ha posibilitado una creciente inserción de la economía gallega en los mercados internacionales y, en particular en el europeo. El grado de apertura comercial de Galicia al exterior es sumamente elevado -duplica a la media del Estado-, y muestra un crecimiento sostenido, de hecho ha pasado, entre 1985 y 2015, del 0.21 al 0.61. Se trata de un comportamiento muy favorable de nuestro comercio exterior, apoyado en un gran crecimiento tanto de las exportaciones como de las importaciones. Así, las exportaciones durante este período se multiplican por 14, y pasan de representar un 7% del PIB gallego al 33.8%, y la tasa de cobertura de las exportaciones respecto a las importaciones mejoró notoriamente, al ascender de un 52% al 125%. La UE se ha convertido en el principal socio de nuestras relaciones comerciales, de tal manera que constituye el destino del 74.5% del valor de nuestras exportaciones y de un 60% de las importaciones. La excesiva concentración de nuestras exportaciones, tanto la geográfica- con un gran peso de Francia, Portugal e Italia-, como la sectorial- excesivamente dependiente del textil y el automóvil-, apuntan a algunas de nuestras debilidades junto con el bajo componente tecnológico de buena parte de las mismas.

En un análisis más detallado, habría que entrar a valorar los impactos que la entrada en la CEE tuvo en algunos de los sectores de nuestra economía, principalmente sobre la

agricultura, la pesca y el naval, de los que tradicionalmente se han destacado algunos efectos negativos, bien por las limitaciones que se le impusieron a nuestras producciones o en el acceso a algunas áreas. Siendo esto cierto, estimo que las dificultades para competir adecuadamente en un mercado, ahora mucho más amplio, tuvieron más que ver con nuestros déficit estructurales, con la excepción de las restricciones al sector naval. Dadas las limitaciones de tiempo, me referiré tan solo al sector lácteo, tanto por su especial relevancia como por ser un caso paradigmático de lo que vengo de afirmar. En efecto, España entra en 1986 en la CEE en el momento en que debido a la acumulación de excedentes insostenibles en el sector lácteo europeo, se acuerda la introducción de un sistema de cuotas a la producción. En Galicia, se producen importantes movilizaciones de protesta y se piensa por buena parte de los analistas – singularmente desde posiciones nacionalistas y antiintegración europea – que aquella política iba a dañar muy gravemente al frenar la expansión de un sector, que era el sostén de nuestra economía agraria. Con retraso respecto a lo que ya había ocurrido en la mayoría de las regiones europeas, Galicia conoce en estos años una tardía e intensa desagrarización, de una agricultura que aportaba en 1986 el 10% del PIB gallego y el 40% del empleo, a tan solo representar el 3.3% del PIB y un 4,5% del empleo en 2015, aún así, valores todavía relativamente altos en el contexto europeo. Esta profunda transformación, conlleva un fortísimo ajuste demográfico y del número de explotaciones, al mismo tiempo que se incrementa notoriamente el volumen de la producción agraria, la renta por ocupado y mejora sustancialmente la productividad.

En este marco, tiene lugar un fuerte dinamismo del sector lácteo- y de la carne de vacuno-, con un gran incremento de la producción de leche, que se multiplica por 1.6 y más que duplica su volumen de entregas a las industrias. Galicia, en este período, fortalece su posición como primera región productora de España, con mucha diferencia sobre las demás, pasando del 27% al 38% de la producción española de leche, y se sitúa entre las diez primeras regiones lecheras europeas. En este contexto de fuerte expansión de la producción, el primer año en el que ya no se aplica el sistema de cuotas, que fue el 2015, se salda con una pérdida de peso productivo, tanto en el Estado como a nivel europeo, invirtiendo la tendencia de las tres últimas décadas. Nuestros problemas más relevantes no estaban en las cuotas ni en la UE, sino que derivaban y derivan, sobre todo, de un muy deficiente funcionamiento de los mecanismos de movilidad de las tierras, por expresarlo suavemente, que nos ha obligado a un modelo productivo muy intensivo en capital y tecnología, pero con una base territorial muy pequeña, lo que dificulta la capacidad competitiva de nuestras explotaciones y la rentabilidad de las mismas, junto con la persistente debilidad de nuestra agroindustria.

4. La encrucijada europea

A estas alturas de la exposición trataré de aproximarme brevemente a tres cuestiones. En primer lugar, a que es lo que nos identifica como europeos. En segundo lugar, a cuál es la naturaleza política e institucional de la UE, y, por último, a cuáles son las causas que explican su crisis existencial más profunda, la encrucijada histórica en la que hoy se encuentra. Cuestiones todas ellas entrelazadas, relevantes para su futuro y muy controvertidas.

No es algo sencillo ni existe acuerdo en relación con cuál sea la identidad europea. Más allá de los valores civilizatorios, culturales y democráticos que compartimos los europeos, pero que también inspiran a otros espacios y países, pienso que es la acumulación valores comunes en todos cada uno de los estados miembros, acerca del Welfare State o Estado de Bienestar, en suma, lo que se reconoce como "modelo social europeo", lo que propiamente nos identifica como ciudadanos europeos. Es el modelo social europeo, ese modelo de organización de la sociedad basado en la protección de los ciudadanos desde su nacimiento hasta la vejez, mediante un conjunto de derechos y las correspondientes políticas públicas, el que nos identifica y diferencia de cualquier otra zona del mundo, independientemente de las

variaciones que ,sobre esta misma base de valores y prácticas comunes, puedan existir entre los países que conforman la UE, en función de sus características nacionales.

Precisamente será la puesta en cuestión de este modelo social, como consecuencia de la crisis y de las respuestas ante la misma, la que va a poner en riesgo la identidad de la ciudadanía europea , interpela el sentido de la Unión y abre una crisis de legitimidad de la misma. En esta misma dirección, de debilitar la cohesión europea, también operan las sucesivas ampliaciones- aunque existan otros elementos positivos que las justifiquen-, hacia países en los que su conformación histórica está relativamente alejado de ese modelo de sociedad.

Por otra parte, resulta prácticamente imposible identificar o definir la naturaleza política-institucional de la UE, por mucho que indagemos en la historia política comparada o en la teoría política. No estamos delante de un Estado, ni de una Federación o una Confederación de Estados. Como ha dicho, con humor, Jacques Delors, “se trata de objeto político no identificado”, mientras que el que fue director de la *New Left Review*, Perry Anderson constata que Europa “ parece en este sentido un objeto imposible” en su obra “El nuevo viejo mundo”. Se trata, en definitiva, de un marco institucional tan complejo como original, que no replica ningún modelo. Es una entidad supranacional conformada por los estados miembros, que comparten algunos ámbitos de soberanía muy determinados. Por lo tanto, está sometida a una dialéctica entre una concepción federalista de Europa -claramente perdedora-, frente a una visión intergubernamental o interestatal, que ha sido la hegemónica en la construcción de la UE.

En cualquier caso, Europa hoy ya no es lo que era a finales del pasado siglo: un proyecto vivo, en construcción de un poder político supraestatal y posnacional. La crisis económica y financiera, la Gran Recesión, ha sacudido sus fundamentos, de tal modo que ha de afrontar serios problemas. En el plano interno la salida de Inglaterra de la UE, abre la puerta a un escenario de incertidumbres políticas y de dificultades económicas para Gran Bretaña y para el propio proyecto europeo que, por primera vez, es abandonado voluntariamente por un país miembro. Algo que hasta ahora parecía impensable. Por otra parte, se está produciendo un importante ascenso del euroescepticismo, y una vertiginosa caída de la confianza de los ciudadanos en la UE, tal y como acreditan los estudios de opinión. Destacaría, finalmente, las alarmas que se encienden ante el auge de partidos antisistema, xenófobos y antieuropeos, que reciben importantes apoyos electorales en distintos Estados miembros. En el ámbito exterior, los problemas no son menores. Reaparecen las tendencias aislacionistas y proteccionistas bajo el impulso de la administración Trump, la cuestión de los refugiados y la inmigración tensiona y condiciona la agenda política de la mayoría de los países europeos, y la inestabilidad e incertidumbre en las fronteras orientales con Ucrania y Turquía, no es precisamente un tema menor cara al futuro de la UE.

Los impactos del gran tsunami financiero, que arriba a las costas europeas en 2008, terminaron por poner en evidencia la fragilidad del diseño de la UEM. En lo fundamental, los problemas de la unión nacen de dos causas: por una parte, la insuficiente integración de la eurozona, junto con su incoherencia interna y , por otra, los efectos de la estrategia de la austeridad, en tanto que fue la única respuesta de salida frente a la crisis.

La ausencia de coherencia interna de la eurozona -las asimetrías y divergencias entre los países miembros-, viene derivada de los desequilibrios en sus balanzas de pagos y, por lo tanto, expresa la división estructural entre los países del Norte con superávit y los del Sur deficitarios. Como señalé anteriormente , la teoría de las áreas óptimas de Robert Mundell en los años 60 ya había establecido, que los beneficios y los costes de una zona monetaria venían explicados en función de su grado de integración económica y de los mecanismos para corregir sus asimetrías . En los años 90, la escasa movilidad laboral en el seno de la UE y la

muy limitada integración fiscal de la misma, ya habían encendido las alarmas de algunos economistas. Pues bien, esta divergencia estructural de competitividad entre el Norte y el Sur alcanzará toda su gravedad, ante el choque asimétrico provocado por la Gran Recesión, que pondrá de manifiesto los límites e insuficiencias de la UEM .

Tradicionalmente, antes de compartir el euro afrontábamos las situaciones de grave deterioro de la competitividad, recurriendo a la devaluación de la moneda. Una medida siempre dolorosa porque implicaba un severo ajuste de rentas, pero eficaz a corto plazo porque la alteración del tipo de cambio permitía restaurar la competitividad perdida. Además de no ser deseable, hoy esto ya no es posible. La pertenencia a la zona euro implica, como es bien sabido, que hemos renunciado a su manejo. Cada país miembro asume en soledad los riesgos de su participación.

Tal y como analiza brillantemente, Jean Pisany-Ferry en el “Despertar de los Demonios”, el euro está huérfano del proyecto europeo que le daría sentido y es estéril porque no consiguió avances significativos en esa dirección. Como reclamaba el sabio Nicolás de Oresme en el siglo XV, “la moneda no es del príncipe sino de la comunidad”. La cuestión, en efecto, es que la UE constituye históricamente un caso único de una moneda sin Estado, sin un entramado institucional y político que le sostenga. Así, no cuenta con un presupuesto europeo que posibilite transferencias a los países en situación de riesgo, con un Tesoro que permita alguna forma de mutualización de las deudas, o con un BCE que pudiese actuar como el Banco de Japón o la Reserva Federal de USA. En resumen, la UE no dispone del edificio político institucional necesario para actuar con mecanismos de solidaridad y de respuesta compartida, ante las situaciones de dificultad de los Estados miembros como la que sufrieron los impactos provocados por la crisis.

Decía un principio de la revolución norteamericana, “no tax without representation”. En efecto, sin avanzar en la unión política nada hará posible que los impuestos de un ciudadano alemán avalen los depósitos de un ahorrador español, y los impuestos de un ciudadano español avalen los de un griego o un portugués. Sin el soporte político institucional imprescindible la moneda puede durar décadas, pero finalmente correrá el riesgo de desintegrarse,

como se tendría desintegrado el dólar si los sudistas hubieran ganado la guerra de Secesión, y la Federación no dispusiera de presupuestos, tesoro, capacidad de emitir deuda y Reserva Federal desde la Constitución, como inteligentemente la diseñaron los federalistas norteamericanos.

En segundo lugar, por parte de la UE ante la crisis económico financiera tan solo se implementa una única respuesta , la estrategia de la austeridad, que somete a los países del sur europeo a una dura devaluación interna de sus costes y a una rígida consolidación fiscal. Una estrategia que se apoya en un diagnóstico interesadamente erróneo: que la crisis derivaba del recurso por parte de estos Estados a un déficit y endeudamiento insostenibles. Consecuentemente, las medidas impuestas pasan por el restablecimiento del equilibrio en sus cuentas públicas mediante duros ajustes y programas de austeridad del gasto público. La evidencia aportada por los datos de España, Irlanda , o de la propia Italia, desmienten categóricamente estos supuestos. En 2007, antes de la crisis, todos estos países tenían superávit presupuestario y una deuda pública baja. La deuda y el déficit justamente se disparan con los efectos provocados sobre estas economías por la crisis. La aplicación de los programas de austeridad se tradujo en un profundo deterioro del modelo social europeo: crecimiento del paro y de la precariedad laboral, incremento de la desigualdad, recortes de los derechos sociales.

La resultante del conjunto de los factores expuestos ha sido la fragmentación política, económica y social en el seno de la UE. Desde la perspectiva territorial entre los países del

Norte y los del Sur, políticamente entre deudores y acreedores, económicamente entre los de la zona del euro y el resto, y desde el punto de vista social no solo se ha acelerado el crecimiento de la desigualdad entre los Estados, sino que se agudiza en el interior de los países miembros, por cierto que con España a la cabeza del ranking.

Los efectos políticos y sociales son demoledores como ponen de manifiesto todos los estudios de opinión, que constatan el crecimiento espectacular de la desafección y la desconfianza de los ciudadanos en la UE, mientras ganan peso el euroescepticismo y la eurofobia entre los electores de distintos países miembros. Las primeras consecuencias institucionales directas ya las tenemos con el Brexit y la llegada al gobierno de Italia de partidos que responden a estas claves.

Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que la UE padece en la actualidad una crisis de legitimidad de difícil superación que, en definitiva, tiene que ver con la pérdida de un valor esencial como es el de la seguridad, paralelo al crecimiento del miedo y la incertidumbre. Miedo al futuro, miedo al diferente, miedo ante el riesgo de desempleo y a la competencia de otros. De esta forma, se abre la acogida en amplios sectores de la población de “utopías regresivas” que predicán la vuelta un pasado inviable, a recuperar la identidad nacional perdida, al proteccionismo y la moneda propia, o a establecer muros y fronteras, en su caso.

Como se tiene dicho, con una metáfora que comparto, la UE es una especie amenazada: única, frágil y valiosa, que de no existir hoy, con la globalización, tendríamos que crearla. En el mundo globalizado e interconectado de hoy, la respuesta a los problemas decisivos para nuestra convivencia tales como, la desigualdad, el desempleo y la deslocalización industrial, la regulación de los mercados financieros y de los paraísos fiscales, la dependencia energética, el cambio climático, o la inmigración y el mestizaje cultural, entre otros, no pueden ser afrontados satisfactoriamente tan solo en el marco del Estado-nación. Precisamente un Estado nacional cada vez más limitado en la mundialización, y cuando se ha redefinido completamente el concepto de soberanía.

Las respuestas a los problemas más relevantes de la ciudadanía europea hoy, tendrá que ser como mínimo europea o no tendremos respuestas. Recuperar la soberanía perdida frente a los mercados ha de hacerse a través de un mejor UE. Una unión, que en palabras de U. Beck, debe ser una póliza de seguro en la globalización. Para esto, se hace necesario aumentar la densidad democrática de la UE, establecer un nuevo contrato social que permita recuperar las raíces del modelo social europeo, y caminar hacia la transnacionalización de buena parte de las políticas europeas.

Se necesita recuperar la confianza ciudadana en la UE y, por lo tanto, instituciones plenamente democráticas que la legitimen y alienten el tránsito hacia una ciudadanía activa en Europa. Instituciones democráticas más fuertes, bajo los principios de representatividad y de responsabilidad, y con un ejecutivo capaz de actuar como tal.

En el ámbito económico, es preciso avanzar hacia un presupuesto comunitario que pueda suministrar bienes públicos europeos y atender transferencias hacia los países en dificultades, un Tesoro europeo con capacidad de emitir deuda mutualizada -con alguna forma de eurobonos en su día-, y una unión bancaria que incluya mecanismos de resolución de la crisis, de supervisión única, y de una garantía de gestión de los depósitos. Necesariamente esto implicará mayor capacidad de control y fiscalización por parte del parlamento y del ejecutivo europeo, lo que supone la capacidad política de avanzar en la cesión de soberanía, por parte de al menos un número relevante de países miembros, como reclamaba Winston Churchill hace 70 años. El dilema de fondo que hoy se nos presenta como europeos es el de avanzar gradualmente en la integración, o retroceder por el camino del declive y la fragmentación de Europa

Revista Galega de Economía: <http://www.usc.es/econo/RGE/benvidag.htm>